

(02059)

Antecedentes penales

—La leyenda de Francis el del gol de cabeza (2ª parte)—

Susana Crespo llegó a la sucursal cuando el subinspector y Roque abandonaban a la carrera aquella oficina de la Caja.

—¡Roque!, ¿qué me puedes decir? —urgió la periodista.

—Poca cosa, Susana. La investigación la lleva el subinspector —Roque no se detuvo porque quería llegar a la casa de Francis antes que el policía nacional.

—Ese tipo no me dirá nada —dijo Susana mirando de soslayo al aludido—. No hasta que se dé cuenta de que puedo serle útil —masculló entre dientes.

—Querrás decir hasta que te deba una —Roque la había oído.

—Prácticamente es lo mismo.

—Vamos a casa de Francis, el del gol de cabeza.

—¡No jodas! ¿Sabéis ya que ha sido él?

—Bueno, hay indicios. Acércate hasta allí y ya veré qué puedo hacer por ti —y el coche patrulla partió aprisa con las luces de emergencia prendidas pero sin señal acústica.

Mientras tanto el subinspector se había trabado reportando la incidencia a la comisaría:

—...el sospechoso es Francis el del gol de cabeza —estaba diciendo—. Me voy con Vázquez hasta su casa acompañados de una patrulla de la Policía local, pero no descarto que tengamos que solicitar refuerzos. El sospechoso no es un delincuente habitual, por lo que podría estar bajo el efecto de una euforia no natural.

Roque informó a su oficina de las novedades durante el trayecto. Quiso el destino que el inspector de la Policía local (el sargento, todavía, para toda la ciudad) salía en ese preciso instante de esas dependencias camino de una reunión con María Reina, por lo que pudo escuchar el parte de Roque. No bien entró en el despacho de la primera teniente de alcalde cuando informó a la edil del suceso. María conocía bien a Francis el del gol de cabeza. Era miembro de su partido, y uno de los históricos, de los que constituyeron el partido en Mospintoles cuando aún España se desperezaba de la dictadura de aquel general golpista. En aquellos días estaban preparando un homenaje para tres militantes históricos, entre ellos este Francis, a celebrar dentro de dos semanas.

Susana había subido al utilitario familiar y siguió la estela del coche Z de la Policía nacional, que también se abría hueco entre la circulación con los rotativos luminosos. Pero no alcanzaba a vislumbrar a qué las prisas, pues Francis vivía en una calle perpendicular a la Avenida de Toledo, tres manzanas más arriba. A decir verdad, vivía en el caserón de un apartado callejón que daba a esa perpendicular, en lo que era uno de los primeros ensanches del antiguo Mospintoles, lugar donde se amontonaban unos edificios desvencijados

que tendrían que ser derruidos cualquier día por motivos estéticos, de seguridad y de necesidad urbanística.

Llegaron los dos coches patrulla en una sin par carrera, y detrás Susana. Cuando se apeaban los policías, el inspector preguntó a Roque por Susana:
—¿Qué hace aquí esa?
—Te habrá seguido —propuso Roque.
—¡Joder qué mierda!

En la comisaría de la Policía nacional se habían estado documentando sobre este Francis. Todo mospintoleño conocía a Francis, el del gol de cabeza, y como resultado pronto afloró su pasado más notorio: que si jugador de fútbol destacado, que si militante activista comprometido, con dos o tres ingresos en prisión en la España pre-democrática, que si trabajador en la cantera abandonada al oeste de Mospintoles. ¿Qué de qué había trabajado Francis en la cantera?, había preguntado el comisario. Pues de dinamitero.

El comisario, conocedor del carácter impulsivo del subinspector, no se lo pensó dos veces y dio aviso a la Unidad de Intervención Policial, acuartelada al norte del municipio de Mospintoles. En consecuencia, la UIP se apertrechó para la contingencia y abandonó su cuartel. En menos de diez minutos estarían a la entrada del callejón donde vivía este Francis, el del gol de cabeza.

Aquello era una zona deprimida, rodeada de almacenes y de pequeñas industrias no contaminantes. A un costado de aquel callejón había un patio donde media docena de negros jugaban al baloncesto contra una escacharrada canasta que alguien había arrancado de uno de los parques de la ciudad. Bolsas de basuras se encontraban desperdigadas aquí y allá, pero aparte de los ocasionales jugadores y de un perro que hociaba en una de aquellas bolsas, allí no se veía un alma. Y con la llegada de la policía se cerró alguna que otra contraventana, aunque los negros siguieron jugando como si tal cosa.

Susana tomaba nota mental de cuanto veía; tenía en mente una conexión telefónica con la emisora y una crónica magistral para El Heraldó; lo suyo era el deporte, pero no le haría ascos a un poco de acción. Aunque en verdad no esperaba mucha del septuagenario Francis.

Roque, el subinspector y el oficial Vázquez se estaban poniendo de acuerdo sobre la forma de actuar.

—Déjame intentarlo —le estaba diciendo el policía local al subinspector—.

Francis me conoce y no debe temer nada de mí.

—Es arriesgado, Roque. Crees que Francis es el mismo de ayer; pero ayer no hubiera atracado ni a una vieja, y hoy tienes un boquete en el techo de la Caja de Ahorros. Algo le ha pasado, algo ha tomado que le tiene trastornado. No y no.

Bermúdez, previsor, se estaba dedicando a cortar la inexistente circulación con la ayuda de la cinta de balizamiento de la Policía local y unos conos que llevaban en el maletero. Susana buscaba su cámara Réflex digital entre los cachivaches que llenaban el habitáculo trasero de su utilitario. Roque seguía insistiendo.

—¡Que no, leche! Además, necesitarías una orden judicial para entrar en el piso.

—No si me invita a entrar.

—Roque —intervino Vázquez—, a lo mejor te invita a un poco de plomo. No seas terco. Déjanos hacer a nosotros, que somos profesionales...

Aquello indignó a Roque, que en ese momento decidió mantenerse al margen.

—...quiero decir, que estamos más acostumbrados a los tiroteos —Vázquez se estaba metiendo en un atolladero y sintió la mirada displicente del subinspector—. Bueno, déjenme a mí. Ustedes dos tienen familia y yo soy soltero —la heroicidad de Vázquez vino motivada por su metedura de pata.

Roque y el subinspector se miraron sin decir nada. No discurrían nada que oponer, aunque Vázquez les hubiera dado una veintena de razones para que le retuviesen.

—Sea —acabó diciendo el subinspector—. Pero sin temeridades, Vázquez. Sólo te asomas a ver cómo está la situación. ¿En qué piso vive el viejo, Roque?

—En el primero.

—Venga pues; sube hasta el rellano, pero a la primera duda te vuelves.

En aquel momento una Mercedes Sprinter de la Unidad de Intervención Policial (UIP) entró en la calle que daba acceso al callejón llevándose por delante la cinta de balizamiento, seguido de una vieja furgoneta blanca, una Nissan Vanette de serie. Se abrieron las puertas y siete policías vestidos de negro saltaron del vehículo. Se presentaron ante el subinspector y el oficial Vázquez. Al mando de la operación iba a quedar el inspector Rosales.

—¿Quién cojones les ha llamado? —quiso saber el subinspector.

—Modere su lenguaje, Cañequé —ordenó Rosales—. No es usted consciente de la situación.

—¿Ah, no? ¿Y cómo es que entonces han sabido dar con el domicilio del sospechoso?

Rosales informó en presencia de Roque del pasado de Francis, este Francis, el del gol de cabeza: tres ingresos en prisión por disturbios, asonadas y revueltas ciudadanas, y destacado dinamitero profesional. Amén de atracar una sucursal con una escopeta de cañones recortados.

—Todo eso ya lo sabíamos, Rosales —dijo lentamente Cañequé—. Lo que usted parece olvidar es que de momento sólo es un sospechoso de setenta años. Nosotros íbamos a hablar con él.

Dos hombres equipados con sendas cámaras de televisión habían tomado posición detrás del inspector Rosales. En la tapa aparecía el logo de TeleMadrid. Cañeque interrogó con la mirada a Rosales.

—Tienen permiso de Jefatura. Están rodando un documental sobre la UIP.

—Ahora lo entiendo todo... —ironizó Cañeque—. Vázquez, vámonos.

Retirémonos a nuestro coche patrulla. Feliz medallita, Rosales. Se va usted a coronar con un anciano infeliz.

Aquel sarcasmo hirió a Rosales. Roque quedó allí de pie, sin saber muy bien qué hacer. Después de todo, ningún inspector de la Policía nacional podía darle órdenes directas. Los negros del baloncesto ahora miraban indolentes aquel despliegue policial y de medios técnicos. Susana había reconocido al operador que se quedó al cargo de la unidad móvil como compañero de la Universidad.

Rosales dispuso a sus hombres, que tomaron posiciones. Un francotirador partió en busca de un enclave elevado. No le sería difícil encontrarlo.

En ese momento entró en la calle a la que se abría el cada vez más poblado callejón otro coche de la Policía local, que también se llevó por delante la cinta de balizamiento que acababa de ser repuesta por Bermúdez. El sargento, que conducía este coche patrulla, hizo una extraña maniobra y luego dio marcha atrás. Se bajó ágilmente y movió hacia el coche unos contenedores metálicos de basura que disponían de ruedas, parapetando así su vehículo de cualquier posible tiroteo.

—¿Será cagón...? —Rosales estaba empezando a pensar que el día acabaría torcido. Sin embargo a Roque no le hizo mucha gracia la observación.

—El sargento es un veterano de las COE, señor Rosales. No creo que tenga tanto miedo de Francis —Roque enfatizó la nota sarcástica que no pasó desapercibida para Rosales.

El veterano sargento corrió hacia donde se encontraba el grupo para recabar información de su agente.

—Aquí, el inspector Rosales, que se trae a TeleMadrid para coronarse a cuenta de Francis.

—Un respeto, chaval... —comenzó a exigir Rosales.

—¿Y sabemos si Francis está en casa? —indagó el sargento.

Rosales palideció. Iba a quedar en evidencia, pero Roque salvó el honor del policía nacional sin proponérselo:

—La moto, al menos, la tiene ahí. Y si él es el atracador, huyó en ella no hace ni media hora.

El inspector decidió que ya era hora de pasar a la acción. Comprobó que los cámaras de TeleMadrid llevaran puesto el chaleco antibalas, pero después de todo él también esperaba que Francis, este Francis, el del gol de cabeza, fuera un infeliz.

Los miembros del equipo de la Unidad de Intervención Policial comandados por el inspector Rosales ejecutaron lo que para ellos era una rutina, y fueron accediendo por turnos al portal. La vivienda amenazaba ruina. En la fachada se veían varios desconchones, y se podían observar algunas ventanas que carecían de cristales. En el interior, lúgubre, las escaleras de madera rechinaban cada vez que una huella soportaba el peso de la bota de un hombre armado.

El sargento abandonó el escenario seguido de Roque y se llegó al coche patrulla parapetado tras los contenedores metálicos para informar a María Reina. Ella aguardaba allí, en silencio. Uno de los cámaras, que se había vuelto, pasó a toda prisa por aquel punto para llegar a la unidad móvil, donde Susana ya estaba intercambiando información con su condiscípulo. María reconoció al cámara de anteriores ocasiones en que TeleMadrid le había destinado al ayuntamiento y recordó que había departido con él y que era afín a su partido. Pudieron escuchar que el cámara informaba a su compañero de que la escalera era tan estrecha y oscura que se estorbaban unos a otros.

—Se ha quedado Arturo, que tiene una cámara más moderna, con mejor sensor de luz que el mío. ¡Mierda!, me quedo fuera...

María Reina aprovechó la ocasión para abandonar su refugio, pese a las indicaciones en contrario del sargento, y se dirigió a la unidad móvil.

Dentro del edificio los policías habían ganado sin complicaciones el rellano del primer piso. La puerta de Francis estaba al fondo de un corredor. Una vez con sus hombres apostados a uno y otro lado de la escalera, Rosales intentó encender la luz de la galería. No funcionaba. Ordenó que subieran iluminación portátil del vehículo policial.

Cerca de la unidad móvil se habían arremolinado un grupito de curiosos. Bermúdez los mantenía alejados. Junto al volante del vehículo María Reina intercambiaba impresiones con el veterano cámara y Susana, ahora en la parte de atrás, lo hacía con su excompañero de aulas.

Entre aquellas dos mujeres se había instalado una gélida tensión. María sabía que su marido había salvado a Susana de ser ultrajada, y Sebas se deshacía en alabanzas para la joven morena evidenciando algo más que admiración. Susana, por su parte, sentía algo más que gratitud hacia Sebas, y había logrado averiguar que su matrimonio no pasaba por un buen momento. Quizá se mantenía unido con el engrudo que daba la cercanía de los próximos comicios municipales. Susana no deseaba engañarse; sentía algo más que agradecimiento hacia Sebas, y no estaba dispuesta a abandonar hasta conocer qué se sentía estando junto a todo un hombre de verdad, uno que no había vacilado en exponer su vida para defenderla. Pero ningún otro de los allí presentes participaba de esta retorcida situación.

Mientras María trataba de convencer al cámara para acallar la pésima publicidad que sin duda la detención de Francis supondría para su partido político prácticamente en vísperas de la campaña electoral, en la parte de atrás el cadete, deseoso de impresionar a Susana de su flamante destino laboral, había contactado con el centro de retransmisiones.

Allí se había informado a la conductora del programa de la mañana que uno de los equipos de producción propia estaba rodando una peligrosa misión donde se trataba de detener a un peligroso atracador, experto en explosivos.

La presentadora, sabedora de que el *share* se dispararía, pidió al realizador que pinchara la cámara que grababa la actuación policial para pasar un adelanto del documental en fase de producción a los televidentes.

La idea del avance pareció bien a todos los reunidos en la cabina de realización y quiso el destino que estuviera allí en esos momentos uno de los directores del canal, quien dio el beneplácito, y aquella cámara de la galería del caserón donde vivía Francis, que no grababa, sino que enviaba la imagen a la unidad móvil en previsión de que el material rodado quedara inservible como consecuencia del peligro que arrostraban, comenzó a emitir en directo.

López tenía por costumbre estar conectado permanentemente al canal autonómico, ávido de cualquier noticia donde se le mencionara o que pudiera serle de utilidad. Silenciaba o elevaba el volumen del aparato según estuviera solo, reunido o hablando por teléfono. Quiso el destino que en aquel momento estuviera a solas revisando un informe, pero como estaba concentrado permaneció ajeno a lo que se emitía.

El cadete había pedido permiso para que una compañera de profesión de la localidad, desinteresadamente, se sumara a la conexión informando de viva voz de los datos que tenía: la presentó como "la voz de Mospintoles". Susana, que vio en ello una oportunidad, no lo dudó y sin adornos desgranó los cuatro datos de que disponía. Bien pensado, no tenía contrato en exclusiva con nadie.

Fue la familiar voz de Susana la que alertó a López sacándole de su introspección:

» Nos encontramos apostados frente al domicilio del principal sospechoso del atraco que tan sólo hace cuarenta y cinco minutos se perpetraba en la sucursal de la Caja de Ahorros de la Avenida de Toledo, en Mospintoles.

El veterano cámara, avisado por su compañero de lo que estaba ocurriendo en la trasera de la unidad móvil, dejó a María con la palabra en la boca y empuñó su cámara para mostrar a todo Madrid el rostro que les hablaba, que en esa entradilla había sido una voz en *off* sobre la retransmisión desde el interior del edificio. Ahora Susana miró a la cámara.

» **Sendas unidades de la Policía nacional y de la Policía local de Mospintoles se llegaron hasta este lugar para acordonar la zona.**

Después de todo, era lo único que habían hecho.

» **Una dotación de la Unidad de Intervención Policial desplazada desde el acuartelamiento al norte de este municipio se ha hecho cargo de la situación hace sólo unos instantes. El principal sospechoso, repito, sospechoso, es un vecino septuagenario de esta ciudad.**

A Susana se le estaba acabando el repertorio. Y decidió añadir algo más de información, que al fin y al cabo es el deber de todo reportero.

» **El sospechoso es una persona entrañable, conocido por todos los vecinos como Francis el del gol de cabeza. Con un pasado turbio tras haber ingresado en prisión en tres ocasiones por motivos políticos, se le reconocen méritos laborales como excelente dinamitero** (estos datos se los había facilitado su colega de profesión, que los había recabado en el cuartel de la UIP).

«...¡Qué hija de puta! Esta tía es gilipollas. ¿Pero cómo puede decir eso?». María Reina pensó en arrancarle el micro de las manos y de paso borrarle su cara de putita de una buena hostia. Pero recordó que estaban emitiendo en directo. Su plan de silenciar la militancia de Francis, este Francis, el del gol de cabeza, se estaba yendo al garete en cuestión de segundos, delante mismo de sus narices.

El sargento, intrigado por el interés que la detención del sospechoso había despertado en María hasta el punto de hacerla abandonar la Casa Consistorial a la carrera, cancelando la reunión que tenían programada, miraba imperturbable la situación. Pero captó la crispación de María. Y se ofreció a prestarla ayuda. No en vano, todo el mundo daba por sentado que sería su futura jefa. Y siempre es mejor iniciar con buen pie una relación laboral. Incluso antes de que ésta dé comienzo.

» **Veterano jugador del Rayo de Mospintoles, ahora en la segunda división española, Francis destacó a finales de los años sesenta logrando el ascenso del equipo a la tercera división, en la que el Rayo había permanecido desde entonces hasta la llegada del pujante empresario, propietario del holding Industrias López y Asociados, el señor López.**

—¡La puta que la parió! —exclamó López en su oficina a escasas manzanas de allí—. Nos ha jodido vivos. ¡Basáñez! —llamó a voz en grito a su mano derecha.

» **Desde Mospintoles, para TeleMadrid, Susana Crespo.**

De esta forma Susana creyó haber quedado bien con todo el mundo.

En el interior del edificio la profesionalidad del equipo de la UIP se había impuesto. Tenían el largo pasillo bien iluminado y al fondo se veía una vieja puerta de madera entreabierta.

—¡Francis! ¡Francis, el del gol de cabeza! Le habla la Policía nacional. Salga con las manos en alto —el vozarrón de Rosales, que no precisaba de megáfono, se había sucedido a la perfección con el reporte de Susana, como si lo hubieran ensayado. En el plató los contertulios estaban en suspenso, al igual que la audiencia. Las llamadas telefónicas empezaron su labor de boca a boca y en poco tiempo la práctica totalidad de Madrid fue sintonizando el canal autonómico.

En la galería del ruinoso edificio donde vivía Francis, el del gol de cabeza, el equipo de la UIP permanecía expectante ante el silencio que siguió a la conminación de Rosales. El cámara comenzó a sudar. Tenía el potente foco justo detrás de él, el rellano apenas gozaba de ventilación, y la situación podría complicarse de un momento a otro. Pensó que si Francis tenía dinamita y decidía volar el edificio, inmolándose, él sería recordado como el imbécil que días antes había alardeado de llevar una de las cámaras más modernas de la cadena.

(Continuará...)